

ESPERANDO

Michael Lodahl

“Que el Dios de la esperanza los llene de toda alegría y paz a ustedes que creen en él, para que rebose de esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Rom. 15:13).

Pablo, el Apóstol

¿Qué creía Pablo que es la naturaleza de la esperanza de la cual debemos robar por medio del Espíritu Santo? ¿Qué es lo que *esperamos*?

Todos hemos aprendido que la escatología tiene que ver del todo con la esperanza. Es nuestra esperanza en Cristo, el que fue crucificado y resucitado; una esperanza que de alguna manera, en el modo dirigido de Dios, la promesa inherente en la resurrección de Jesús será cumplida para toda la creación. Así como Abraham, “esperó contra toda esperanza;” creyó, siendo un hombre anciano, la promesa de Dios que él “llegaría a ser el padre de muchas naciones (Rom. 4:18), así a nosotros también se nos llama a confiar en “el Dios que da vida a los muertos y que llama las cosas que no son como si ya existieran” (Rom. 4:17).

¿Qué es lo que esperamos?

¿Estamos esperando “el fin del mundo como lo conocemos?” Al parecer muchos de los cristianos en las bancas de la iglesia lo están. Por supuesto el fervor apocalíptico no es nada nuevo, aunque sí que parece haber ganado vapor en las últimas tres décadas más o menos, gracias en parte al sensacionalismo apocalíptico de Hal Lindsey. Más recientemente la serie de novelas sobre los días finales de Tim La Haye ha capturado obviamente la imaginación popular de mucha gente, sean o no cristianos. Mientras escribo estas palabras, nuestro corazón y mente están tambaleando por resultado de la horripilante destrucción de *World Trade Center* en Nueva York, sin mencionar el ataque al Pentágono por una aeronave y la cuarta que fue estrellada cerca de Pittsburg. Ciertamente estas vivas imágenes apocalípticas habrán engendrado una torrente de predicciones sobre el retorno de Jesús. Dan Rather mismo lo describió como el “apocalipsis ahora” como si el fin del *World Trade Center* marcara el fin del mundo. Pero aún aparte de las catástrofes ocasionales, siempre hay personas por allá listos a ofrecer sus últimos cálculos en cuanto a la fecha del fallecimiento virtual del gran finado planeta, Tierra.” ¿Es *esto* el contenido de la esperanza cristiana?

¿Qué es lo que esperamos: un fin cataclísmico? ¿De veras señala la resurrección de Jesús el fin del mundo? ¿Es la existencia cristiana esencialmente un esfuerzo determinado de “aguantar hasta el fin?” ¿Estamos contando las horas? Un gran número, si no la mayoría, de los cristianos evangélicos; inclusive, por cierto, una gran hueste de nazarenos, piensan aparentemente que la respuesta a todas estas preguntas es afirmativa. Si siendo teólogos eclesiásticos y académicos nos encontramos pasando por alto o minimizando los escenarios escatológicos tan literalísticos y gráficos, aparentemente no estamos buscando o a lo menos

no estamos hallando maneras efectivas de comunicar alternativas a la gente de las bancas de la iglesia y las aulas de clase.

¿Qué es lo que esperamos?

El lugar obvio para que nosotros los wesleyanos empecemos es con el reconocimiento que la escatología está de hecho, en el mismo corazón de la doctrina de la entera santificación de Wesley. En las palabras de Theodore Runyon, “Esta doctrina es distinta de las nociones de la santificación en otras tradiciones cristianas en el hecho que espera el equivalente finito del cumplimiento escatológico (i.e. la entera santificación) como algo que puede ocurrir dentro de la historia y no más allá de ella” (Runyon 2). Al diferir de la mayoría de sus contemporáneos que enseñaban que la perfección cristiana ocurre solo al punto de la muerte o muy cerca de él, y al insistir que la gracia divina es posible que nos perfeccione en el amor *dentro de esta vida*, Wesley proclamó una esperanza escatológica que podría ser más que simplemente una esperanza; podría llegar a ser una realidad de la gracia ahora mismo. La insistencia de Wesley sobre la posibilidad de la entera santificación en esta vida testifica no solo del poder transformador de la amorosa gracia de Dios pero también del potencial del mundo presente de llegar a ser un lugar donde se experimenta y se actualiza el amor divino.

Wesley se deleitaba en citar las palabras de Agustino, “El que nos creó sin nosotros no nos salvará sin nosotros.” En parte lo hacía porque esta idea parece correr en contra de la tendencia general de Agustino hacia una soteriología unilateral, la cual en lo más extremo era predestinacionismo desmesurado. Pero Wesley se deleitaba con estas palabras también porque estaba tan totalmente de acuerdo con ellas. El estaba convencido que Dios “no nos salvará a nosotros sin nosotros,” es decir sin nuestra propia contribución de criatura empoderada divinamente; a contribuir a la obra de gracia hecha por Dios en nuestra vida.

Pero, ¿no es cierto que la expectativa escatológica gira inevitablemente hacia la idea que Dios va a salvarnos y aún tiene que salvarnos “sin nosotros mismos?” Obviamente en este caso el “nos” en el asunto se entiende en un sentido mucho más amplio, un sentido cósmico, el que Dios va a intervenir en algún punto para redimir a un mundo que no puede menos que empeorar sin esa intervención. Hasta el punto que la escatología cristiana se concierne con lo que Dios va a hacer para causar un fin, cataclísmico al mundo como lo conocemos, específicamente en el retorno de nuestro Señor Jesucristo, entonces parece que, al final de todo, los cristianos sí que creen que “Dios nos salvará sin nosotros mismos.” Y es más, hasta el punto que muchos escenarios escatológicos tradicionales o implican o fomentan cierta desesperanza acerca del proyecto de la historia, ¿no aplaca hasta ese punto contra la doctrina de la perfección cristiana de Wesley como una escatología *realizable dentro de este mundo*? ¿Qué tal si el verdadero “fin” de la historia, el *telos* o propósito más fundamental para nuestro mundo es la (re)creación llena de gracia de los seres humanos para que podamos llegar a ser *en esta vida* criaturas hechas, formadas y remendadas por el amor divino? ¿Qué tal si el fin que Dios tiene para el mundo es que el amor florezca para que podamos llegar a ser amantes de Dios y de todos nuestros prójimos? ¿Podría esto proveer una lectura wesleyana más adecuada de la escatología? ¿Puede todavía ser esto nuestra *esperanza*?

En verdad, es precisamente esta clase de esperanza que aparece en el sermón de Wesley entitulado “El Esparcimiento General del Evangelio” (traducción mía). Habiendo observado el mundo como él lo conocía y admitido que, humanamente hablando, la

prospectiva para ganar al mundo a la fe cristiana no le animaba, Wesley quedó impávido. El insistió que el conocimiento amante de Dios, que produce la santidad y la felicidad, uniformes y no interrumpidas, cubrirá la tierra; llenará el alma de todo hombre” (Wesley VI:279). Nótese cuidadosamente el tono inconfundiblemente escatológico de la lengua que usa Wesley; pero a la vez, Wesley prosigue, eso no se cumplirá por medio de la acción inexorable de Dios. Si Dios fuera a efectuar la Salvación de una manera unilateral, por la pura fuerza de mandato absoluto divino,

...entonces el hombre ya no sería el hombre; su naturaleza interior se cambiaría. Ya no sería un agente moral, como tampoco lo sería el sol o el viento; porque el hombre ya no sería dotado de libertad, poder de escoger, de autodeterminación...¿(Cómo) pueden todos los hombres ser hechos santos y felices, mientras siguen siendo hombres?...Así como Dios es Uno, así también la obra de Dios es uniforme por todas las edades. ¿No podremos, entonces, concebir de cómo obrará en las almas de los hombres en tiempos venideros al considerar cómo El obra ahora, y cómo El ha obrado en tiempos pasados? (Wesley VI: 280).

Interesantemente, Wesley nos aconseja que no esperemos ver un cambio radical en la manera ni el modo de la actividad creadora y redentora de Dios en el mundo. La norma de la actividad divina que Wesley detecta en la experiencia humana, “La manera general de obrar de Dios,” es la de asistencia llena de gracia, no de fuerza. Es una iluminación y un empoderamiento del entendimiento y los afectos humanos, no es su destrucción ni su ruina. Ese sinergismo de gracia entre Dios y las criaturas humanas proveyó a Wesley con un modelo no tan simplemente para la interacción divina y humana, sino para la relación entera de Dios para con el mundo. Al fin, “como Dios es Uno, así la obra de Dios es uniforme en todas las edades” inclusive, se supone, aun *en la edad* venidera suponiendo que Wesley fundamentalmente tiene razón en esta convicción teológica, tan solo necesitamos ampliar considerablemente su percepción relativamente limitada de cuántas, cuán amplias, y qué vastas son en realidad esas edades. Pero está claro que para Wesley el punto esencial es que el carácter de Dios, es decir, el carácter de humilde siervo, que nos fue revelado en la persona y la obra de Jesús nuestro Señor, no cambia, y así la manera de obrar de Dios en el mundo no cambia. “Ahora de la misma manera que Dios ha convertido a tantos hacia El sin destruir su libertad, El puede, indudablemente convertir a naciones enteras, o al mundo entero, y para El es tan fácil convertir un mundo como una alma individual” (Wesley VI: 281).

Escribiendo desde el optimismo de la gracia, Wesley predijo el esparcimiento triunfal del evangelio de una nación y pueblo a otro mientras Dios renueva gradualmente la faz de la tierra hasta que se cumpla la visión del Revelador y “ ¡El Señor Dios reina omnipotente!” Después de los horrores de guerras mundiales y genocidios en masa fomentados por la tecnología en el siglo pasado (¡sin mencionar la poca gana de las otras grandes tradiciones religiosas a echarse y morirse ante el poder del evangelio!) tendemos a sonreír y despedir el optimismo inocente de Wesley. Probablemente debiéramos hacerlo. Aun así ¿hay alguna buena razón para rechazar su interpretación del modo que Dios obra en el mundo como una *presencia* (i.e. gracia preveniente, persuasiva y empoderadora contrastada a un prorrumpir unilateral, forcible y apocalíptico). Al final de todo, ¿cuál manera de obrar encaja mejor el blanco que Dios tiene para el mundo, como lo propone Wesley mismo: *que podamos llegar a florecer siempre más grandemente y profundamente en amor para con Dios y el prójimo?*

Aun así que nosotros logremos, por medio de la gracia empoderadora del Santo Espíritu amar a Dios y al prójimo como tú has enseñado y has encarnado ese amor, Señor Jesús. Amén.

Obras Citadas

1. Runyon, Theodore, Sanctification and Liberation: A Re-examination in the Light of the Methodist Tradition, presentado en la Oxford Conference on Methodist Theological Studies, 1977.
2. Wesley, John, Works of John Wesley, 3rd ed, 1872, Kansas City, MO, Beacon Hill Press, 1978.